

© De la edición española:

 **Ediciones Librería Argentina**

Andrés Mellado, 46. 28015 Madrid. España

Tel: 91 5434781

www.libreriaargentina.com

MAQUETACIÓN: Equipo ELA

DISEÑO DE PORTADA: Equipo ELA

ISBN N° 978-84-9950-133-8

DEPOSITO LEGAL: M-27427-2014

Impreso en España

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total, ni parcial de este libro, ni la recopilación en un sistema informático, ni la transmisión por medios electrónicos, mecánicos, por fotocopias, por registro o por otros métodos posibles presentes o futuros, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright.

RAMANA
MAHARSHI

Un místico de la espiritualidad

RAMIRO CALLE



Ediciones Librería Argentina

Andrés Mellado, 46

28015 Madrid

España

www.libreriaargentina.com

Índice

Introducción	7
1. La visión del mundo interior	13
2. Por el sendero del Yo	25
3. El Maharshi y la Montaña Sagrada	35
4. Una existencia de paz	37
5. Los últimos años	43
6. La doctrina del Maharshi	49
7. La personalidad del Ramana Maharshi	59
8. A los pies del maestro	61
9. Galería de fotos	77
10. Aforismos	95

Introducción

Eran muchos los años que llevaba acariciando la idea de realizar un estudio filosófico y biográfico sobre tres grandes hombres cuyo pensamiento y labor han influido enormemente no sólo en su país, sino también fuera de éste, y muy especialmente sobre los intelectuales europeos. Tres hombres que siempre vivieron de acuerdo con sus creencias personales y que demostraron consigo mismo y con los demás una lealtad muy poco común en los días que corren.

Ahora, afortunadamente, y debido al apoyo de la editorial ELA, que tanto viene haciendo en pro de la divulgación del orientalismo en nuestro país, lo que hasta no hace mucho era un mero proyecto se ha convertido en una grata realidad. Es para mi, indiscutiblemente, un placer y un honor poder colaborar en la difusión de estos tres grandes místicos y mostrar al lector sus mundos internos y sus actividades externas.

Tales hombres son:

Ramana Maharshi: Un místico de la realización espiritual, de la búsqueda del Yo superior, de la "realización"; un ser que, sacrificando familia y ambiciones personales, sometiendo todas sus inclinaciones a un elevado ideal interior, eliminó todas sus impurezas mentales, despojó la ilusión (maya) que oculta el Yo y obtuvo en vida la soñada liberación. El Gran Sabio (Maharshi) llevó la paz hasta miles de corazones; y hoy en día, aun habiendo desaparecido de este mundo hace ya cerca de setenta años, su recuerdo continúa eternamente presente entre nosotros.

Mohandas Gandhi: Un místico de la política, un auténtico karma-yogui (yogui de la acción desinteresada que se colocó incondicionalmente al servicio de la

Humanidad y que sacrificó su vida para solucionar la miseria social y proteger a su pueblo). Gandhi, el Mahatma (alma grande), demostró sin ningún género de dudas que la paz es muy superior a la guerra, que la no violencia puede triunfar de hecho sobre la violencia, que la resistencia pasiva es un don y un privilegio que el hombre debe aprender a respetar. Paradójicamente, el hombre que había abierto su corazón a sus hermanos, que había predicado incansablemente la no-violencia y había propugnado la sencillez de vida y de espíritu, murió injustificadamente asesinado. Una prueba más a favor del grado de egoísmo y descontrol de una Humanidad a la que le queda todavía mucho por evolucionar.

Rabindranath Tagore: Un místico de la literatura que, merecidamente, obtuvo ese codiciado galardón que es el Premio Nóbel (1913). Su obra literaria es inmensamente rica en belleza y espontaneidad y denota un sublime entusiasmo hacia la Naturaleza.

Tres grandes místicos que, no obstante, en cierto modo, eran un tanto diferentes. Cada uno de ellos fundó su propio ashram (orden, comunidad) y expuso sus personales ideas; cada uno de ellos -y en esto coincidieron plenamente- fue fiel consigo mismo y amó a los que les rodeaban. Estos tres hombres, cada uno en base a sus definidas características, fueron admirablemente rebeldes. Ramana Maharshi se rebeló contra sus propias inclinaciones, contra la inercia de la vida, contra la miseria del espíritu humano; Gandhi, contra la desigualdad social, contra las leyes opresivas; Tagore contra cierta parte de los moldes literarios tradicionales, contra la literatura destructiva y carente de amor y de esperanza.

Ramana, Mohandas y Rabindranath han sido seguramente los tres hombres que más han influido, de

una u otra forma, sobre el pensamiento de la India moderna.

El Gran Sabio se constituyó en el jefe espiritual del sur de la India; el Mahatma liberó a su país y le enseñó un modo de vida más digno y más fructífero; Tagore encerró en sus páginas una nueva savia de vida y acercó mediante sus libros el mecanizado Occidente al mitológico Oriente.

Desde mi apreciación personal quizá sea el Maharshi el que debiera haber ejercido una más beneficiosa influencia en las vidas dispares de los hombres y, sin embargo, tal vez sea el que antes se disipe en el olvido. Su doctrina se basa en el amor y en el conocimiento espiritual; en la igualdad y en la piedad. Vivió exclusivamente para los que le rodeaban e impartió los más hermosos pensamientos de fraternidad.

Somerset Maugham, que tuvo la fortuna de conocerle en persona, ha escrito a propósito de él: "Tengo entre mis libros los quince volúmenes de *Vidas de Santos*, de Baring-Gould, y de vez en cuando suelo sacar un tomo y leer relatos sobre uno u otro de los santos que, por alguna razón, han despertado mi curiosidad. He leído la autobiografía de Santa Teresa y las vidas, escritas por quienes los conocieron, de Santa Teresa y de San Francisco de Asís, de Catalina de Siena y de San Ignacio de Loyola. Pero jamás se me ocurrió que iba a tener tanta suerte como para conocer a un santo de carne y hueso. Y fue exactamente lo que me sucedió".

Y más adelante explica el afamado escritor: "...e inmediatamente me propusieron conducirme a ver a un Swami que era por entonces el más celebrado de la India. Lo llamaban el Maharshi. Peregrinos de todos los rincones iban a verlo, a pedirle instrucción, consejo y consuelo para sus dificultades y aflicciones".

Pero el Maharshí era mucho más que un santo; era un audaz indagador de la verdad y un profundo investigador del Yo Superior, del Sí-mismo. Fue elogiado por hombres de la talla de Jung y Huxley, y todos cuantos le visitaron fueron testigos de una especial atmósfera de paz y de esperanza que le rodeaba; muchos de estos visitantes vertieron abundantes lágrimas de gozo en su presencia y encontraron en sí mismos una luz que hasta ese momento se les escapaba. Aquel hombrecillo silencioso y sumiso que era el Maharshi, ingenuo y de afable sonrisa, irradiaba una aureola reconfortante y esperanzadora. A su muerte, sus discípulos, aun cuando se encontraban desolados, comprenderían que el Maharshi siempre estaría junto a ellos, alentándoles con su recuerdo, guiándoles con su doctrina.

Entre lo mejor que nos ha ofrecido la India, con ser mucho, se encuentran Gandhi, Ramana y Tagore. Primero por lo que ellos en sí han representado y representan, y en segundo lugar porque han sido el crisol de un país que día a día se debate en feroz lucha sin cuartel entre sus ancestrales tradiciones espirituales y el materialismo creciente del mundo en que ahora nos desenvolvemos. No importa qué creencias tengamos; Ramana, Tagore y Gandhi están mucho más allá de todo credo o idea personal; fueron capaces de trascender las limitaciones impuestas por la condición humana.

Para ellos, parias o brahmanes, blancos o amarillos, fascistas o comunistas, todos representaban lo mismo: hombres con un Yo superior que hay que respetar. Trajeron a la vida un valioso regalo: amor sin barreras ni discriminaciones, y aportaron todo lo más preciado que en sí mismos conservaban, de una manera natural y espontánea, únicamente como los grandes hom-

bres son capaces de hacerlo. Un místico de la búsqueda espiritual, un místico de la política, un místico de la literatura.

Para identificarme aún más con el mensaje de estos tres admirables personajes, he seguido sus huellas en la India. Varias veces he visitado en Delhi el monumento funerario del Mahatma y, en Poona, he contemplado la habitación en la que estuviera encarcelado. También he visitado su casa en Bombay y me he desplazado hasta su ashram en Ahmedabad.

Con vibrante emoción he viajado hasta el ashram de Ramana en Tiruvannamalai, para sentir allí la energía de su presencia.

En diferentes ocasiones, he visitado en Calcuta la casa de Rabindranath Tagore, en cuyo jardín hay un hermoso busto del poeta.

Entre la legión de seres muy notables con los que nos ha obsequiado la Madre India, se hallan Gandhi, Tagore y Ramana. Los tres observaron fielmente un hermoso aforismo de Rabindranath: "No te dejes tu amor sobre el precipicio" y, los tres, cada uno desde su nivel, exhalaban lo mejor de sí mismos.

1. La visión del mundo interior

Ramana Maharshi nació el 31 de diciembre de 1879, en una pequeña aldea de unas quinientas casas, próxima a Madura, en la zona meridional de la India. Sus padres se llamaban Sundaram Ayyar y Alaganmal. El nacimiento del niño fue acogido con entusiasmo y alegría.

La familia en donde nació Venkataraman, que así se llamaba el Maharshi, gozaba de cierto prestigio, aunque de escasa influencia. Tanto el padre como la madre de Venkataraman eran personas afables y bondadosas, respetadas por quienes les conocían. Sundaram Ayyar había comenzado trabajando como escribiente, pero con el tiempo se mereció el privilegio de practicar como abogado rural, a pesar de no estar diplomado. Era un hombre paciente y de férrea voluntad, recto de espíritu y amante de la justicia. Como abogado mejoró en gran medida su situación económica y así le fue posible construir una casa, sino suntuosa, si al menos amplia y acogedora.

Alaganmal, por su parte, era una mujer hogareña, siempre sacrificada por el bienestar de sus hijos. En la familia de Ayyar se habían dado dos casos de renunciamiento. Un tío de Ayyar y su hermano mayor se alejaron del mundo para convenirse en sanyasin. El tercer caso, aunque nada de momento podía denominarlo, sería el de Venkataraman, que con el transcurso del tiempo se constituiría en uno de los más célebres sanyasin y en el más importante guía espiritual del sur de la India.

Durante los primeros años de su vida, Venkataraman fue un adolescente absolutamente normal, sin otras inquietudes que las lógicas de los mucha-

chos de su edad. Era feliz y desenvuelto en medio de sus padres y de su hermano mayor, Nagaswami. La familia, posteriormente, se vería enriquecida con dos nuevos miembros: un niño, Nagasundaram, y una niña, Alamelu.

Venkataraman era dispuesto y saludable, amante de los juegos infantiles y de la gimnasia, un tanto desapegado de los estudios y carente de toda inclinación de naturaleza espiritual, sí bien le habían afectado gratamente la vida de los sesenta y tres santos sivaítas y la Vida de Kabir, libros que despertaron en él por primera vez, aunque de forma muy ambigua, el deseo de retirarse en busca de su propio Yo.

Tenía Venkataraman doce años cuando hubo de enfrentarse por vez primera, de frente, con el extraño y sobrecogedor fenómeno de la muerte. Había muerto su padre, el voluntarioso Sundaram Ayyar, y los hermanos fueron enviados a vivir en compañía de Subbier, su tío, que vivía en Madura.

Entra el muchacho a recibir instrucción escolar en la Scotts's Middle School, de Madura. y más adelante, a la American Mission High School, en donde tiene oportunidad de practicar de buen grado los más variados deportes. Destacaba Venkataraman por su fiel memoria y su aguda penetración intelectual, sin que hubiese otro dato capaz de indicar que con los años se convertiría en uno de los más grandes místicos que la humanidad haya conocido.

Cuando Venkataraman escuchó por primera vez el nombre de Arunachala, se sintió estremecido. Un anciano le comentó algunos detalles acerca de la colina sagrada y el niño se sintió cautivado por el maravilloso lugar del que le hablaban. Quiso, ávido de conocimiento, saber más sobre Arunachala, y el anciano no tuvo

inconveniente en referirse con toda clase de detalles al santo sitio. Después de este singular suceso, que se desarrollaba en el 1895, Venkataraman ya no volvería a ser el mismo. Arunachala, desde la distancia, parecía reclamarle con peculiar vehemencia. El joven había quedado impresionado ante el relato del anciano y la savia espiritual comenzaba a bullir en su interior. Venkataraman se hallaba en el umbral del auto-conocimiento; ni el deporte ni los estudios serían ya capaces de captar su atención. Únicamente había algo verdaderamente trascendental para él: Arunachala y con ella, la propia realización, el conocimiento del Yo, la liberación. En cuestión de días el adolescente había madurado, se había hecho serio e introvertido, extrañamente retraído.

No mucho después, una importante experiencia cambiaría por completo la personalidad de Venkataraman y le permitiría entrar en contacto con su mundo interior. Estaba solo en su habitación, cuando de repente creyó que la muerte llegaba para él y se sintió aterrorizado. Psicológicamente hablando, una crisis de índole hipocondríaca por la que muchos místicos orientales y occidentales han pasado. El Maharshi explicó:

“Unas seis semanas antes de abandonar Madura, ocurrió el gran cambio en mi vida. Fue algo súbito. Estaba sentado solo en una habitación de la primera planta de la casa de mi tío. Rara vez me sentía enfermo y aquel día no me aquejaba ninguna dolencia física y solamente un violento miedo a morir se apoderó de mí. No había nada en mi estado físico a lo que pudiera atribuir estos temores y tampoco traté de hallar una razón a los mismos. Me dije “voy a morir” y empecé a pensar qué era lo que debía hacer. No se me ocurrió un solo momento consultar a un médico o a mis mayores o amigos; tenía pleno conocimiento de que había de resolver

aquel problema por mí mismo, allí y en aquel momento.

El “shock” del miedo a morir hizo que fijara mi mirada en mi interior y me dije mentalmente, sin formular las palabras:

“Ha llegado la muerte, ¿qué significa esto? ¿Qué es morir? Este cuerpo muere”.

Y, al instante, dramaticé el acto de morir. Estaba tumbado con los miembros estirados como si estuvieran ya en el rigor mortis e imitaba un cadáver con el fin de dar una mayor realidad a mi pregunta. Contuve la respiración y apreté fuertemente los labios para que no pudiera escapar un solo sonido a través de los mismos, con el fin de no poder pronunciar la palabra Yo ni ninguna otra. “Bien, este cuerpo ha muerto”, me dije. “Lo quemarán y lo convertirán en cenizas. ¿Pero acaso he muerto yo con la muerte de mi cuerpo? ¿Acaso este cuerpo soy yo? Está silencioso e inerte, pero noto toda la fuerza de mi personalidad e incluso la voz del Yo dentro de mí mismo y fuera de mí. De modo que soy un Espíritu que trasciende el cuerpo. El cuerpo muere, pero el Espíritu que trasciende no puede ser alcanzado por la muerte. Esto quiere decir que soy un espíritu inmortal”.

No era un sueño, vibraba en mí como una verdad viva y tangible, algo que percibía de un modo directo, incluso sin pensar en ello. Yo era algo muy real, lo único real en el estado en que me encontraba, y todas mis actividades conscientes relacionadas con mi cuerpo se centraban en aquel Yo. A partir de aquel momento, el Yo centraba toda la atención gracias a una poderosa fascinación.

El miedo a la muerte se había esfumado casi de un modo instantáneo. La absorción en el Yo continuó ininterrumpida desde aquel momento. Se presentaban

otros pensamientos que volvían a alejarse, como unas notas musicales, pero el Yo continuaba como la nota “strudi” fundamental confundándose con todas las restantes notas. Tanto si el cuerpo se dedicaba a pensar, leer o lo que fuere, yo quedaba centrado en el Yo. Antes de esta crisis no había tenido una percepción clara de mi Yo y no me había sentido atraído de un modo consciente hacia él. No había experimentado ningún interés perceptible o directo en el Yo y mucho menos una inclinación por establecerme de un modo permanente en el mí mismo”.

Después de tan curioso fenómeno, Venkataraman ya nunca volvería a ser el mismo. El joven se había realizado, había encontrado el Yo, había quebrado las cadenas de la ilusión (maya) y se había liberado en vida (jivanmukta). Lo importante del fenómeno en sí, no es el hecho de que Ramana se hubiese visto acosado por una experiencia de este tipo (crisis hipocondríaca), sino que gozase del poder suficiente de soportarla y dominarla, de hacer de ello un valioso vehículo para encontrarse a sí mismo y centrarse en la verdad trascendental.

Ramana Maharshi estaba en vías de obtener el ansiado samadhi, por lo que es ahora el momento oportuno para que hagamos un paréntesis y expliquemos al lector qué se entiende por este término.

El samadhi es sinónimo de iluminación espiritual. Es la obtención de aquel estado mediante el cual el individuo se libera definitivamente. En mi obra *Yoga, Refugio y Esperanza*, tuve ocasión de escribir:

“Es aquel estado en el que la conciencia evoluciona hasta su máximo, no pudiéndose ya hablar de un estado de conciencia normal, sino en todo caso de conciencia superior o “supranormal”. En tal estado de

supraconciencia ya no cabe el juego de los pares de opuestos (frío-calor); toda relatividad ha sido trascendida y el ser, completamente unificado, puede gozar del estado "absoluto". Es un estado más allá de la razón, que nos permite adquirir un conocimiento muy por encima del intelectualivo".

Un famoso texto, el *Hatha-yoga Pradipika*", explica:

"Tal como la sal, que se disuelve en el agua haciéndose uno con ella, el espíritu (principio superior) y la mente se hacen uno y esto representa el samadhi. Cuando el prana se sublimiza y la mente se ensimisma, este estado se llama samadhi. Esta igualdad entre el Yo y el ultra-yo en la que quedan anulados todos los procesos mentales, se denomina samadhi".

Pero el samadhi, además de ser un estado muy superior de conciencia, lleva consigo el agradable hecho, para el oriental, de liberarse mediante él de la rueda inexorable de continuos nacimientos y muertes. El hindú cree en la reencarnación, y para evadirse a ella únicamente existe un camino: la obtención del samadhi, de la liberación.

No es fácil explicar lo que representa la experiencia liberadora para el indio. No obstante, creo haberlo reflejado bastante correctamente en mi obra *Teoría y Técnica del Yoga*. Permítaseme que transcriba el siguiente párrafo:

"Todos los esfuerzos del practicante están encaminados a la "liberación". Para el indio, liberarse implica: protegerse definitivamente contra el dolor, vencer en la protesta, superar la condición humana, agotar el karma, no reencarnar, ser hombre-dios. Liberarse es viajar más allá del espacio y del tiempo (penetración en el plano trans-espacial y trans-temporal), eliminar las

corrientes psicometales, quebrar toda suerte de determinismo, agudizar hasta su límite las facultades mentales; en definitiva, ser hombre-dios. Liberarse es llegar a la conciencia de lo real, sumergirse en la verdadera corriente espiritual, alumbrar un nuevo ser que es uno mismo y, sin embargo, no “era”, conseguir la deflagración de los principios impuestos, traspasar las barreras establecidas por el hombre o por la naturaleza, rechazar el plano relativo, descansar en lo intemporal; una vez más, ser hombre-dios.

Liberarse es captar intuitivamente, sentir a voluntad, no ver jamás alterada la paz, trascender todo formulismo, ver a través de los propios ojos y no mediante los ojos de los demás, ser dueño de una conciencia (supraconciencia) no-afectada, estable, no-diferenciada, total; en pocas palabras, tutear a Dios”.

El Ramana Maharshi estaba pronto a liberarse, a encontrar el Yo. Mediante este primer éxtasis espiritual, el más trascendental de su larga vida, había comprendido que toda la labor interna del hombre debe centrarse sobre el conocimiento del propio Sí-mismo, y sería esta la instrucción espiritual que siempre impartiría a sus discípulos. ¡Algo tan simple y tan difícil!: el conocimiento del Yo.

Ramana Maharshi le concedía muy poca importancia a las diversas prácticas yoguis, si bien estimaba que algunos de sus ejercicios mentales no eran estériles del todo. Explicó:

“El control de la respiración es también una ayuda. Es uno de los varios métodos previstos para ayudarnos a obtener una mayor seguridad. El control de la respiración puede ayudar igualmente a controlar la mente vagabunda y alcanzar una mayor seguridad y, por lo tanto, puede ser ejercitado. Pero no debemos

detenernos aquí. Después de obtener el control de la mente por medio de los ejercicios respiratorios, no debemos contentarnos con una experiencia que pueda basarse en ellos, sino que debemos dirigir a la mente controlada la pregunta: “¿Quién soy yo?”, hasta que la mente se sumerja en el Yo”.

Existe un adagio que dice más o menos: “Todas las laderas de la montaña conducen a la cima de ésta”. El Maharshi sabía esta verdad y respetaba todos los sistemas, siempre que éstos estuviesen encaminados al conocimiento del Sí-mismo.

Ramana Maharshi era un yogui de la espiritualidad, de la realización personal, del camino interior. Tras su singular experiencia mística había recorrido este camino y se encontraba en óptimas condiciones para mostrárselo a los demás. Pero para Venkataraman todavía quedaban años duros y difíciles, meses y meses de meditación e interiorización, de búsqueda espiritual. Sin embargo, lo principal había sido conseguido: se había familiarizado consigo mismo.

**PARA VOLVER,
RETROCEDE CON TU NAVEGADOR
O PULSA EN EL SIGUIENTE ENLACE:**

<http://www.libreriaargentina.com/novedades%20editorial.htm>